

XX
JALATLACO
13 DE AGOSTO DE 1861

El 5 de junio de 1851, recibí órdenes del Ministerio de la Guerra, previo permiso de la Cámara, que pidió el Gobierno, para encargarme del mando de la brigada de Oaxaca pues el General Mejía, que la mandaba se hallaba enfermo, y de ponerme con la brigada, a las órdenes del General Don Jesús González Ortega, que salía con su División a perseguir a Márquez por el rumbo del Sur.

Perseguimos a Márquez por dos meses sin más éxitos que algunos encuentros con sus puestos avanzados que fueron de poca importancia para ambos beligerantes. Nuestra campaña tenía por teatro la parte oriental del Estado de México, cuyo clima es muy propenso a las fiebres palúdicas. Con este motivo y después de varios días de marcha, González Ortega dispuso dar cuatro o cinco días de descanso a nuestras fuerzas en la ciudad de Toluca, que era la que ofrecía mejor cuartel.

Estando en Toluca tuvo noticia el General González Ortega de que el enemigo pasaba por la plaza de Santiago Tianguistengo, en dirección a la montaña. Me ordenó que lo tiroteara con mi fuerza, que se componía de 233 soldados y la caballería del General Don Antonio Carbajal, a cuyas órdenes debía yo ponerme. Las órdenes que llevaba Carbajal y que a mí también me había comunicado el General González Ortega, eran de estorbar la marcha de Márquez mientras lo alcanzaba la División, y con ese objeto partimos de Toluca a las tres de la tarde del 12 de agosto de 1861.

Al entrar la noche, llegamos a la Hacienda de Atenco, y batimos un destacamento de 200 caballos que tenía allí, como puesto avanzado. la fuerza de Márquez y que se retiró a poca resistencia. Entramos a Tianguistengo sin novedad, y allí supimos que el enemigo pernoctaba en Jalatlaco, y que tenía entre este pueblo y Tianguistengo un puesto avanzado de más de mil caballos. El General Carbajal que era muy conocedor del terreno, dispuso que marcháramos para Jalatlaco por una vereda que, aunque daba algunos rodeos, nos permitiría pasar a más de una legua del puesto avanzado del enemigo, y llegar a Jalatlaco, sin que pudiera preceder aviso.

Como yo no conocía el terreno, marché por varias horas a retaguardia de la caballería, y cuando ésta se detuvo, avancé en busca del General Carbajal, quien me llevó a la cabeza de la tropa que estaba casi en ala alternada por lo estrecho de la vereda y desde una pequeña altura, a tiro de fusil de la plaza, me enseñó los puntos que ocupaba el enemigo en el pueblo de Jalatlaco y que se marcaban por los fuegos que servían para condimentar su rancho, y me ordenó que bajara a tirotearlo mientras llegaba la División.

Mandé al Teniente Don Crisóforo Canseco, actualmente General, con una subdivisión de veinte y tantos hombres a batir un puesto avanzado que según informes que había recibido el General Carbajal, tenía el enemigo en una ermita cerca de la iglesia de Jalatlaco, y yo con el resto de mi fuerza marché a batirlo en la parroquia por el rumbo opuesto. Al ponerme a la cabeza de mi fuerza que marchaba a la desfilada, no podía ver lo que pasaba a la retaguardia, y el General Carbajal cometió la torpeza de mandar hacer alto a mi fuerza cuando apenas habían pasado 20 hombres, poco más o menos; pero el Capitán José María Barriguete a quien había yo puesto a la retaguardia, con orden de seguirme, y de no permitir que la fuerza se cortara, porque siendo la noche muy obscura, sería difícil volverla a reunir, salió a la cabeza de la fuerza cuando sintió el alto, y después de una disputa agria con Carbajal, siguió la marcha; pero ya no pudo incorporármese por la obscuridad de la noche, y porque yo sin apercibirme de lo que había ocurrido, había avanzado hasta llegar a la plaza. Sin embargo, al sentir el ataque que yo daba por el oriente de la posición enemiga y procurando incorporármese, atacó Barriguete por el sur, uniéndome después, para lo que le

sirvió el conocimiento que los oficiales tienen del sonido de sus cornetas, que distinguen de las extrañas.

Cuando comenzó mi ataque, la infantería enemiga estaba en el templo y el atrio del pueblo, que es tan grande como una plaza de armas, y la caballería estaba situada en otros cuarteles que rodeaban a la plaza. Sufría yo por lo mismo por la espalda los fuegos de la caballería y esto me obligaba a distraer muchos soldados para defenderme de ellos, impidiéndome a la vez emprender una operación más seria contra el templo y el atrio. En estas circunstancias mandé dar aviso de lo que ocurría al General Carbajal, quien había quedado a orillas de la población. Me contestó que no podía hacer uso de la caballería porque había muchos magueyes en el campo, que estorbaban sus movimientos.

Antes de que Barriguete se me incorporara en el ataque que intenté por el sur de las posiciones enemigas, habían penetrado por el atrio diez o doce de sus soldados, con el Capitán José M. Omaña a la cabeza y había sido rechazado el resto de la columna de Barriguete que atacaba por allí. En esos momentos hacía yo un ataque vigoroso por la puerta del mismo atrio que da al norte. El Capitán Omaña reconoció mi voz; y me suponía dentro del atrio, y casi estaba yo adentro, porque había hecho también un ataque malogrado como el suyo.

Márquez mandó fusilar al Capitán Omaña, y el oficial encargado de cumplir con esa orden, se separó un poco de la fuerza para pasarlo por las armas; pero temiendo entre tanto el éxito del combate, se opuso de acuerdo con Omaña, para pasarse con nosotros, y ambos huyeron fuera del cuadro de defensa y se presentaron al General González Ortega, que se aproximaba ya al pueblo, y le avisaron que habíamos sido rechazados, Omaña por un lado del atrio y mi columna por el otro, y que probablemente yo había sido fusilado, como se había mandado que él lo fuese. Omaña había oído mi voz dentro del atrio, después del estruendo de los tiros que suponía eran los de los soldados que me habían fusilado, y vió que calmados todos los fuegos, permanecía el enemigo en sus posiciones, todo lo cual daba verosimilitud a la suposición de nuestra derrota y mi fusilamiento. Con esta noticia el General González Ortega dispuso que toda la columna hiciera alto a la vista del pueblo y esparara a que amaneciera, y situó una batería que hizo fuego sobre los combatientes, pe-

ro como los artilleros no tenían más guía que los fuegos de fusil y lo mismo batían a los enemigos que a nosotros, mandé al Subteniente D. José M. Martínez, suplicar al General en Jefe suspendiera los fuegos de su artillería que nos hacía más daño a nosotros que al enemigo, y a pedirle municiones, por haberse agotado las mías.

En esos momentos, y antes de recibir las municiones pedidas, sorprendí un grupo de oficiales que huían separándose de las posiciones del enemigo y examinándolos separadamente; averigué por ellos, que Márquez salía en esos instantes en columna, rumbo a la montaña, evadiendo las posiciones que ocupaba el General González Ortega. No obstante mi escasez de municiones, hice un ataque decisivo con el propósito de cortar la columna, y logré que volvieran al atrio 700 infantes, toda su artillería y bagajes. Reducido por este medio el número del enemigo con quien tenía que combatir, pude vencerlo fácilmente, y cuando los tuve a todos desarmados, peché a tierra en el atrio y amarrados los jefes y oficiales que en total eran 18, salí personalmente a dar parte al General en Jefe.

La División estaba toda sentada con el fusil dentro de la rodilla, y muchos de los jefes y oficiales acostados bajo sus capas de hule, porque toda la noche había llovido copiosamente, y aun no había cesado la lluvia en esos momentos. Los primeros oficiales a quienes hablé me condujeron hasta donde estaba el Cuartel Maestro, que era el señor Don Santiago Tapia y éste me llevó a presencia del General en Jefe, quien no creyendo que todo estaba concluido, me indicaba que esperaríamos que amaneciera, porque no convenía emprender nada por lo pronto. Le manifesté que todo había acabado, que era yo dueño de diez cañones, de todo el bagaje y de muchos prisioneros que creía llegarían a mil; pero que al contar los resultaron setecientos y tantos. El General en Jefe montó al fin a caballo y para que pudiera seguirme, pues la noche era muy oscura, tuve que ponerme un pañuelo blanco sobre la espalda. Llegamos al lugar del combate y sin embargo de que el General en Jefe se persuadió de nuestra victoria, no quiso ordenar la persecución del enemigo, como yo se lo indicaba, porque la caballería no conocía los caminos y no tenía guías a su disposición.

Momentos antes de salir para dar parte al General en Jefe y cuando me ocupaba de poner pecho a tierra a todos los

prisioneros, el General Carbajal que por estar más cerca que el resto de la División, había comprendido que yo ocupaba ya las posiciones enemigas, avanzó a donde tenía yo a los prisioneros amarrados y pretendió matarlos él mismo con su pistola, comenzando por el Teniente Coronel Aspetia. Al oír la disputa que emprendió Carbajal con el Capitán Barriguette, que cuidaba a los prisioneros y era el comandante de la guardia, llegué y sin la consideración que merecía, porque el caso era urgente, le quité de las manos la pistola y lo obligué a salir del atrio.

No rendí el parte de esta acción al General Carbajal que era mi jefe inmediato, sino al General en Jefe, tanto porque éste estaba ya presente, cuanto por el desagrado que acababa de tener con Carbajal al impedirle que asesinara a los prisioneros, siendo mi superior.

Con motivo de la victoria de Jalatlaco me dió el Gobierno del señor Juárez el grado de General de Brigada.

Al día siguiente, estando en Tianguistengo, me ordenó el General en Jefe que reuniera en mi alojamiento a todos los oficiales que estaban a mis órdenes para felicitarlos por su comportamiento en esa batalla. Así lo hice y estuvo muy expresiva la felicitación que nos dirigió el General González Ortega.

En marcha la columna para la capital recibió orden el General en Jefe de maniobrar por varios caminos para atacar al enemigo que había huído de Jalatlaco y se encontraba en Huisquilucan, y con ese objeto se habían mandado mover tropas a las órdenes de los Generales Francisco Alatorre y Felipe B. Berriozábal. Lo hicimos así y a nuestro arribo ya no encontramos al enemigo porque las columnas de Berriozábal y Alatorre habían llegado antes y lo habían puesto en fuga haciéndoles considerables perjuicios.

XXI

PACHUCA

20 DE OCTUBRE DE 1861

El 19 de octubre de 1861, poco después de nuestro arribo a la capital, supo el Gobierno que Márquez, con una columna de los restos de Jalatlaco y otras partidas que había recogido en los Estados de Querétaro y San Luis llegaba a Pachuca y que la columna del General Santiago Tapia que maniobraba cerca de aquella plaza era insuficiente para batirlo, y ordenó que otra columna formada con los batallones de Oaxaca y lanceros del mismo Estado a las órdenes del General Mejía, de la que yo era Mayor General, marchara a ponerse a las del General Tapia.

Hicimos una marcha rápida y al día siguiente 20 de octubre a las diez de la mañana, llegamos a Pachuca en donde batimos las fuerzas de Márquez, quien abandonó la ciudad lléndose por el camino que conduce a Real del Monte y se posesionó de una altura que se llama "La Cruz de los Ciegos" y de otros dos que quedan a los lados de la carretera. El General Tapia ordenó al General Mejía que con una compañía del primer batallón y un obús de montaña defendiera la carretera, por donde amenazaba flanquearnos la caballería enemiga, y me ordenó que con el resto del primer batallón y el segundo, atacara sucesivamente las posiciones de la Cruz de los Ciegos y las otras dos y puso como reserva y a mis órdenes el batallón de rifleros de San Luis que mandaba el Teniente Coronel Don Carlos Salazar y carabineros a caballo que mandaba el Coronel Don Antonio Álvarez.

Emprendí dos ataques sucesivos, teniendo necesidad de hacer uso para el segundo, del batallón de rifleros, porque el primero ejecutado al trote de ascenso, había cansado mucho a la tropa del segundo batallón y restos del primero. Para ocupar el tercer cerro, no obstante que guardaba las mismas condiciones, tuve que hacer uso de una parte del Cuerpo de Carabineros a las órdenes del Capitán Don Adolfo Garza, que mereció una especial mención por su conducta distinguida en este hecho de armas y su ascenso a Mayor. El enemigo nos dejó en ese cerro su artillería que era toda de montaña. Después de una larga persecución a los derrotados, que huyeron hacia el Grande, volví en la noche a Real del Monte, a donde el General Tapia, Jefe de las fuerzas, y el General Mejía, Jefe de mi Brigada, habían encuartelado las fuerzas que no tomaron parte en la persecución.

Después de cuatro o cinco días de permanencia indispensable en Real del Monte, para enterrar muertos y poner a los heridos en condiciones de marchar unos y establecer un hospital de sangre para los otros, volvimos a la capital.



XXII

INTERVENCION FRANCESA

DEL 31 DE OCTUBRE DE 1861 AL 20
DE ABRIL DE 1862

Entretanto se habían preparado en Europa graves sucesos en contra de México. El Emperador Napoleón había creído que la mejor manera de contribuir a la desmembración de los Estados Unidos, iniciada ya con la guerra civil que siguió a la inauguración del Presidente Lincoln, era el establecimiento de un Imperio en México, lo cual le daría por otra parte, grande influencia en este hemisferio, pues México quedaría de hecho como una dependencia suya. La España deseaba también el establecimiento de una monarquía con un príncipe español en el trono, y sea que Inglaterra participase de deseos semejantes, que quisiese como la Francia contribuir al desmembramiento de los Estados Unidos, o que no desease quedar fuera de una empresa que parecía seria, firmó con las otras dos naciones una convención en Londres el 31 de octubre de 1861, para intervenir en los asuntos interiores de México, por medio de las armas, tomando como pretexto la ley expedida por el Congreso Mexicano el 17 de julio anterior que había suspendido por dos años, el pago de lo que correspondía a los acreedores de México.

(Tales apreciaciones no tienen, por lo que respecta a la desmembración de los Estados Unidos ningún fundamento sólido, pues según historiadores conspícuos, los hechos positivos consistieron en que los trabajos emprendidos por el clero y el par-

tido conservador para substituir la monarquía a la república en México, cobraron mayor vigor con la guerra de Reforma, pero principalmente se debió al agente financiero Jecker, asociado del duque Morny y apoyados por la Emperatriz Eugenia, y posteriormente por Napoleón III, valiéndose al efecto de los siguientes mexicanos en Europa: Don Juan N. Almoute, Francisco T. Miranda, José María Gutiérrez Estrada y José Hidalgo, el primero y el último miembros de la Legación de México en Francia —(Nota de G. V. R.)

El 14 de diciembre de ese mismo año, llegaron a Veracruz los primeros barcos españoles, que conducían el contingente de su país, mandados por el almirante Don Joaquín Gutiérrez y Ruvalcaba y el 17 fué ocupada la ciudad de Veracruz que había sido abandonada antes por el Gobierno nacional. Poco después llegó el General Prim, como jefe del contingente militar español, que debía de componerse de seis mil españoles; el francés de tres mil soldados, y de setecientos marinos el inglés. El 10 de enero de 1862 publicaron en Veracruz los representantes de los Gobiernos aliados, un manifiesto en que descubrían su propósito de intervenir en los negocios interiores del país. La llegada de los españoles, antes de los contingentes de las otras dos naciones disgustó a éstas y determinó al Gobierno francés a mandar tres mil hombres más.

El General D Manuel Doblado, que a la sazón era Secretario de Relaciones del Gobierno nacional, salió de México para conferenciar con los Plenipotenciarios aliados, y notando que no había uniformidad de miras entre ellos, se aprovechó de esta circunstancia, y firmó un convenio preliminar en la Soledad el 19 de febrero de 1862, en virtud del cual se comprometieron los aliados a abrir negociaciones en Orizaba para el arreglo amistoso de las dificultades pendientes, y el Gobierno de México permitió a la fuerza aliada ocupar a Córdoba, Orizaba y Tehuacán, poblaciones situadas fuera de la zona mortífera de la costa en donde prevalece la fiebre amarilla, con la condición ex-

presa de que en el caso de que las negociaciones no tuvieran un resultado satisfactorio, regresaran las fuerzas aliadas a su campamento de Paso Ancho, en el camino de Córdoba, y Paso de Abejas en el de Jalapa. Los acontecimientos ulteriores demuestran que los franceses firmaron ese convenio con el exclusivo objeto de ponerse al abrigo de la sombra malsana sin combatir, y con el propósito de no dar cumplimiento con lo pactado.

Esta Convención, firmada por el General Prim, en representación de los aliados, fué ratificada por los Plenipotenciarios franceses e ingleses en el mismo día en que se firmó, y por el Gobierno de México el 22 de febrero, y en consecuencia de ella las tropas españolas ocuparon Córdoba y Orizaba, las francesas Tehuacán y los marinos ingleses permanecieron a bordo de sus buques en Veracruz.

En los primeros días de marzo desembarcó en Veracruz el Conde de Laurencez, Comandante en Jefe del contingente francés, y a la vez llegó Don Juan Nepomuceno Almoute, quien decía que el Emperador estaba decidido a establecer un trono en México y poner en él como Emperador, al Archiduque de Austria, Don Fernando Maximiliano. Las miras e intereses contrarios de cada uno de los aliados, ocasionaron una ruptura completa entre ellos, y el 9 de abril tuvieron en Orizaba su última conferencia en que decidieron los españoles e ingleses reembarcar sus tropas y regresar a su país, y los franceses retroceder a Paso Ancho para comenzar desde allí sus operaciones militares.

(Existen grandes errores en lo dicho por el biógrafo, pero el principal consiste en que hasta el 10 de julio de 1863, los partidarios de la Intervención declararon "QUE LA NACION ADOPTARA LA MONARQUIA HEREDITARIA CON UN PRINCIPE CATOLICO QUE TOMARIA EL TITULO DE EMPERADOR, designándose para ceñir la corona al Archiduque Fernando Maximiliano de Austria, declarando también que si éste no aceptaba por cualquier motivo, LA NACION MEXICANA SE REMITIA A LA BENEVOLENCIA DE S. M. NA

POLEON III PARA QUE DESIGNARA OTRO PRINCIPE CATOLICO, y hasta el 12 de junio de 1864 quedó definitivamente establecido el Gobierno imperial.—Nota de G. V. R.

Los Plenipotenciarios franceses, M. Dubois de Saligny y el Almirante Jurien de La Graviere, expidieron en Córdoba un manifiesto el 16 de abril de 1862, en el que solicitaban abiertamente el auxilio del país en favor de sus aliados los reaccionarios mexicanos, para establecer un gobierno sólido en México, y expresaron que cumplirían con las obligaciones que habían contraído por el artículo 4o. de la Convención de la Soledad; pero en vez de proceder así, regresaron de Córdoba, y sin llegar a Paso del Macho conforme se habían comprometido a hacerlo, y asumiendo ya una actitud amenazante, proclamaron su propósito de auxiliar a los conservadores mexicanos para establecer en el país un gobierno que apoyara sus bastardas miras

XXIII

ACULTZINGO

28 DE ABRIL DE 1862

Muy poco después de nuestro arribo a la capital, de regreso de la acción de Pachuca y Real del Monte, tuvo noticia el Gobierno de que se había firmado la convención tripartita de 21 de octubre de 1861 y el 23 de noviembre siguiente organizó un cuerpo de ejército de cosa de 10,000 hombres, que puso a las órdenes del General Don José López Uraga, del cual formaba yo parte como Mayor General de la tercera División que estaba a las órdenes del General Don Ignacio Mejía, siendo yo a la vez que Mayor General, Jefe de la segunda Brigada de esa misma División. En estas condiciones marchamos para Orizaba y el General en Jefe ordenó que la primera Brigada de la tercera División, mandada por el General Mejía, se situara en Córdoba y como puesto avanzado la mía en el Camarón, así como una de caballería en la Soledad. El General Uraga tuvo algunas entrevistas con el General Prim, y desmoralizado por el aparato de las fuerzas Europeas que habían desembarcado, creyó que no tenía los elementos necesarios para hacer una defensa fructuosa y lo manifestó así francamente a sus soldados y al Gobierno, por el cual fué relevado por el General Don Ignacio Zaragoza el 21 de febrero de 1862.

Antes del relevo del General Uraga habíamos hecho por su orden, un movimiento de avance hasta la Soledad con toda la masa del ejército, porque creyó que el enemigo se movió de Veracruz sobre nosotros. No habiéndose realizado este temor, el

General Zaragoza mandó que volviéramos a ocupar nuestros antiguos cuarteles respectivamente.

Entretanto se verificaron las conferencias de la Soledad, que dieron por resultado la retirada del ejército hasta San Andrés Chalchicomula y la ocupación pacífica por el enemigo de las plazas de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, el núcleo principal del ejército mexicano se colocó en San Andrés Chalchicomula y mi Brigada reforzada por uno de los batallones de la primera, se estableció como puesto avanzado, con dos baterías de batalla, en la Cañada de Ixtapa y Cuesta Blanca.

El 6 de marzo de 1862 tuvo lugar en San Andrés Chalchicomula una verdadera hecatombe, causada por imprevisión de los jefes respectivos, y de la cual fué víctima la primera Brigada de la primera División, compuesta exclusivamente de fuerzas de Oaxaca. Se dejó en la Colecturía, en donde se alojó la primera Brigada, una gran cantidad de municiones, las cuales se incendiaron en la noche, probablemente con alguna chispa de las fogatas que hacían las mujeres de los soldados para condimentar su rancho, causando la muerte de 1,042 soldados y 475 mujeres, quedando heridos más de 200 soldados y más de 500 entre los vecinos de la población, proximos al lugar del incendio.

Después de algunos días, durante los cuales se verificaron varias conferencias entre los aliados; el enemigo hizo su movimiento de retroceso, según se había comprometido, para volver a la zona cálida, con el fin de que el ejército mexicano ocupara los cerros del Chiquihuite y el Pinal. En esa inteligencia marchaba yo a la vanguardia del ejército con la misma fuerza que había tenido en la Cañada de Ixtapa.

Al llegar nuestra vanguardia a Orizaba, se me ordenó ocupar el llano de Escamela, mientras acababan de salir de Orizaba las tropas españolas y francesas que quedaban allí y cuyo desfile presencié. Mandé seguir sus movimientos y en su observación, el Teniente Coronel Don Félix Díaz, con cincuenta caballos de su regimiento puesto que hasta allí no era de esperarse un combate, en atención a lo convenido y porque esas órdenes había yo recibido del General Zaragoza a quien esperaba por momentos en mi campamento de Escamela. Al llegar la retaguardia del enemigo a Córdoba, se destacó una pequeña columna de tropas francesas compuesta de 200 caballos, con igual número de zuavos a la grupa de los jinetes, y vino rápidamente a chocar con mi vanguardia. Esta se defendió heroicamente, perdiendo un gran número de soldados y caballos y quedando su

jefe, el Teniente Coronel Don Félix Díaz, herido de un balazo en el pecho y prisionero en poder del enemigo.

Pocos momentos después de este combate pasaba por allí, conducida en litera, la Condesa de Reus, de regreso para Vera Cruz, con una escolta de tropas españolas. Informada de lo que acababa de suceder, se empeñaba enérgicamente por la libertad de los prisioneros, lo mismo que el General Milans del Bosch, Jefe del Estado Mayor del General Prim, cuando el Teniente Coronel Díaz, aprovechando un descuido de los franceses, montó rápidamente su mismo caballo, que había quedado a su lado, saltó una alta barda que formaba el camino y se internó en el bosque sin recibir ninguno de los muchos disparos que le hicieron los franceses. Llegó sin novedad a Coscomatepec, donde había autoridades amigas, y dos días después se me incorporó en Acultzingo, habiendo dado vuelta por el camino del volcán de Orizaba.

Mientras yo movía tropas en auxilio de mi vanguardia de rotada y mandaba aviso de lo ocurrido al General Zaragoza, éste venía en compañía del General Prim que aun quedaba en Orizaba acompañado también de su escolta. Pasó en medio de nuestras tropas y fué respetado por los franceses pues suspendieron sus fuegos lo mismo que nosotros.

Luego que se me incorporó el General Zaragoza, ordenó nuestro movimiento de contramarcha, dejándome con una pequeña fuerza para defender el camino más allá del llano de Escamela. Pasada media hora y cuando se acercaba el grueso del enemigo a su vanguardia que combatía conmigo, recibí orden del General Zaragoza de incorporármele. Empecé mi marcha a la defensiva hasta Orizaba, y después de salir de este punto ya no tuve necesidad de defenderme, porque no siguió tras de mí el enemigo que pernoctó en Orizaba y nosotros en el Ingenio. Al día siguiente dispuso el General en Jefe que marcháramos a Acultzingo.

Después de dos días de permanencia en dicho punto, se me ordenó que marchara con mi Brigada a Tehuacán, donde se pondrían a mis órdenes otras dos, mandadas una por el General Mariano Escobedo y otra por el General Mariano Rojo, y que con las tres marchara hacia Matamoros Izúcar, con objeto de batir a las fuerzas de Márquez, que por allí venían con el propósito de reunirse al invasor extranjero.

Pernocté en Tehuacán en donde se pusieron a mis órdenes los Generales Escobedo y Rojo y al día siguiente marcha-

mos para Matamoros; pero al llegar a Tlacotepec recibí nueva orden en que se me prevenía contramarchara rápidamente, porque el enemigo se movía sobre Acultzingo, de donde el General Zaragoza había salido para ocupar las cumbres, colocando el núcleo principal del ejército en el lugar propiamente llamado las Cumbres, sobre el camino carretero, y con un fuerte destacamento de infantería, en la altura que domina por la izquierda la carretera, mandado por el General Don Miguel Negrete, y otro enfrente dominando el mismo camino, mandado por el General Mariano Escobedo, que con este objeto se me había ordenado lo mandara al trote, como lo hice, por la Cañada de Rojas. Ambos destacamentos tenían artillería de montaña.

El Cuartel General me había ordenado que cubriera con mi Brigada el Puente Colorado, y que con la Brigada Rojo re forzara las Cumbres, donde estaba el Cuartel General. Así lo ejecuté y al volver a ponerme a la cabeza de mi Brigada, noté que el ejército comenzaba a retirarse en desorden. Tuve que usar de la fuerza, en el Puente, para detener a los que huían, y los mandaba sucesivamente por la Cañada de Ixtapa, según los organizaba en columnas de 500 hombres, poniendo los jefes y oficiales que escogía de entre los mismos fugitivos, pues no tenía otros de quien echar mano.

Ejecutaba yo esta operación el 28 de abril de 1862, cuando llegó el General en Jefe con su Estado Mayor, aprobó mi procedimiento y después de que pasó todo el ejército por mi puesto, menos los soldados que mandaban los Generales Negrete y Escobedo, que habían tomado diversos caminos para ir a incorporarse a las fuerzas que estaban en la Cañada de Ixtapa, me ordenó el General en Jefe detener allí al enemigo el mayor tiempo posible, mientras él podía tomar otras disposiciones. El ejército invasor apareció en las Cumbres y en un cerro que por la izquierda domina el Puente Colorado, a medio tiro de fusil. Yo había colocado mi infantería cubierta en los barrancos, en condiciones de poder hacer fuego, y habían dejado descubierta la única batería que tenía, y su escolta en tiradores y la caballería en segunda línea casi fuera

de la zona peligrosa. Duró el combate hasta las diez de la noche, en que emprendí mi marcha por orden del General en Jefe, hacia la Cañada de Ixtapa y dejé mis posiciones cubiertas por la caballería.

(No menciona el biógrafo que en esta acción el General José M. Arteaga, que después fué fusilado en Michoacán, defendió heroicamente el punto, y que puede considerarse como el héroe principal)